LIBRO dot.com

Los dramas policiales

Martín García Mérou

LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

Voici le règne fantastique
Du monstre roman-feuilleton!
Glatigny

Juan Moreira ha destronado a Juan Palomo. El gaucho asesino, con las boleadoras en la cintura y el parejero siempre dispuesto a fugar, ha ocupado en nuestra imaginación el puesto del bandido andaluz de sombrero calañés y mirada torva y siniestra. Hemos dejado la Sierra Morena por la Pampa, y el facón ha sustituido a la escopeta. Mucho tiempo hace que no he leído las novelas de brocha gorda de Fernández y González, que son el modelo del género policial. Era en esos primeros días de la infancia, cuando el corazón despierta a la vida del sentimiento, y la imaginación, todavía infantil y cándida, trata de inquirir los misterios que la rodean. Y recuerdo, sin embargo, con asombro, toda aquella serie implacable de bandidos que me acosaba, aquella sociedad sacada de los más bajos peldaños de la plebe, aquella voraz curiosidad con que seguía al autor a través de las tabernas, de las cárceles y de los subterráneos, cómplice inocente de tantos crímenes y maldades. Pero ¡ay! ¡mucho falta al autor de los dramas policiales para alcanzar la imaginación inagotable y el poder intelectual del maestro español!

Las obras del autor de un *Juan Moreira* deben ser para todos sus lectores un objeto de curiosidad y temor. No puedo compararlas más que con una cárcel correccional. En ellas se codean todas las categorías de la canalla, desde el ladrón de alta escuela, hasta el ratero artístico que trabaja en miniatura, y hace de la prestidigitación una ciencia. El hombre que ha escrito *El Jorobado, Juan Cuello, El Tigre del Quequén,* debe llevar a todos los condenados del Dante, bullendo bajo la débil cubierta de su cráneo. No se mata impunemente, aunque sea por escrito, no se profundiza la ciencia del robo (o la *punga,* como diría el Jorobado), no se penetra en un mundo donde la virtud es escarnecida, donde la justicia lleva un puñal en cada mano, donde la embriaguez es la Egeria inspiradora de los desgraciados, no se remueve el fango de la corrupción moral que es mil veces peor que la descomposición física, sin guardar rastros que nos denuncien a los que pasan. Una predisposición funesta o un deseo de revelarnos los misterios de la vida del malhechor vulgar de los campos, buscando en ellos un elemento de interés enfermizo, ha inspirado los dramas policiales. Pero ese anhelo que era en su autor al principio una afición, se ha convertido en una verdadera manía. No ve más que bandidos, como el Chourineur de Sue veía todo rojo en sus accesos de rabia. Está condenado a hacer malvados como Sísifo a arrastrar una peña. Todo lo que toca se convierte en crimen, ¡como todo lo que tocaba Midas se convertía en oro!

Hay en los Dramas Policiales una tendencia funesta que se desarrolla progresivamente y aumenta, desde la publicación del primero. El fondo filosófico de estos folletines es el que se saca de la conversación de todos los presidarios. El autor de los dramas ha encontrado el origen de una popularidad que no discuto y que es uno de los hechos que condenan el género de sus escritos, falseando las nociones más rudimentarias de la moral, levantando la plebe contra la cultura social y haciendo responsable a la justicia de las acciones de un hombre dejado por la mano de Dios. Los Dramas Policiales son, reducidos a su más simple expresión, la epopeya del robo y el asesinato. Este es el carácter que más resalta en ellos. Están calculados para enervar los sentimientos sencillos y las imaginaciones ardientes de los hijos errantes de la campaña, porque el corazón del bárbaro inculto es cándido como el corazón del niño civilizado. Nada iguala, sin embargo, la depravación de estos libros, sino la monotonía de sus acontecimientos. Todos los personajes de los Dramas Policiales pueden reducirse a dos, en quienes se sintetizan y resumen las miserias de los demás: Juan Moreira, el Benjamín

de la lamentable familia, que recorre los pagos dejando sangre y desolación tras sus huellas, y e1 Jorobado, el ladrón de medios fecundos y expedientes diversos que rinde culto á la diosa Ganzúa como los revolucionarios del 93 a la diosa Razón. Los demás tipos están encerrados en estos dos: si matan son Juan Moreira, si roban son el Jorobado. El escenario es demasiado conocido para que tratemos de describirlo. En el campo, la tapera abandonada, cubierta por las ramas tutelares del ombú, la pampa desierta que ofrece su extensión ilimitada a las peregrinaciones del criminal perseguido, el Juzgado, la cárcel y la pulpería. En la ciudad, el conventillo, que es el verdadero Patio de los Milagros de nuestros ladrones. Reuniendo estos elementos, trazando los perfiles de este panorama, haciendo pasar a nuestro héroe durante una vida entera como un animal feroz con el puñal en la mano, para concluir clavado en una pared como Moreira, o muriendo tísico en el hospital, después de los excesos de una vida embrutecedora como el Jorobado, tendremos dramas tan trágicos y tan policiales como los que hacen las delicias de todos los changadores de nuestro pueblo.

Ciertamente no es este el alimento que necesita las masas, y, aunque no hubiera en ello un deber de moral, el simple buen gusto debía proscribir este género de literatura. "Todo es sano para los sanos" ha dicho Mad. de Sevigné. Pero tomad a un rústico vulgar lleno de preocupaciones ridículas y fanatismos inconscientes, atizad ese odio instintivo con que mira a una justicia que cree tiránica y opresora, poetizad los hechos de un facineroso -esa semilla fatal, arrojada al viento, encontrará en muchas almas, que tienen la terrible inocencia de la naturaleza abandonada a sí misma, un terreno fértil en que propagarse y crecer. Nada es más arduo que escribir para las clases bajas de la sociedad, y nada más difícil que pintar al pueblo. Paul de Kock, que puede tomarse como uno de los tipos más originales del novelista popular, ha retratado alguno de los perfiles de la realidad, de esa realidad burguesa que huele como diría Gautier, a *vin bleu et charcuterie,* como la de los Dramas Policiales a pachoulí, y licor de rosa. Es un escritor que se codea con sus personajes, y los pinta con fidelidad. Pero Paul de Kock no baja al taller y la fábrica, no penetra en el laberinto de las profesiones ocultas, en ese dédalo misterioso donde hierven la efervescencia del vicio y la hez de la corrupción, en los cimientos del edificio social, en el mundo de los primeros capítulos de *Los Misterios de París* y del *Assommoir* de Zola. El burgués le pertenece: Joseph Prudhomme, es su musa. No ríe con *humour* o con amargura; su carcajada es la carcajada vulgar, el espontáneo estallido de la alegría bulliciosa, con que un muchacho pone cola a su compañero. Le falta aticismo pero le sobra buen humor.

Dickens es el autor que verdaderamente ha retratado el pueblo. Hay en sus obras cuadros de terrible verdad, al lado de figuras graciosas, de almas condenadas de antemano a los estragos de la pasión y las artimañas del crimen. Junto al pillo enfermizo, tallo marchito que se dobla sin fuerzas y pide aire puro a una atmósfera envenenada, el viejo que toma su vaso de grog en la taberna; el ebrio que deja caer como una masa inerte su pobre cabeza desvanecida, quizás trazando, como el de Coppée, un nombre de mujer con el vino derramado en la mesa. Pinta con igual maestría el hogar humilde del artesano y el antro inmundo de la trapera. Las visiones extravagantes del delirio se dan la mano en sus páginas con la calma más diáfana de una conciencia tranquila. Tiene escenas que parecen pensadas por Hoffmann y escritas por Swift; y cuadros que recuerdan a Hogarth, evocando la miseria y el hambre, el cadalso y el manicomio. Todo esto, como ha dicho un autor, es filosofía pintoresca apoyada en el drama popular.

He ahí a un verdadero novelista, un combatiente que lucha por el progreso del hombre. Volvamos la imaginación a uno de sus más humildes cuentos. El espíritu de Navidad muestra

dos niños amarillos, delgados, cubiertos de andrajos, de rostros cejijuntos y feroces, y he aquí sus palabras que son un lamento y una protesta: "Son los hijos de los hombres y se acercan a mí para quejarse de ellos. Esta es la Ignorancia y aquella es la Miseria. Guárdate de ambas y de toda su descendencia, pero sobre todo de la primera, pues lleva en la frente escrito *Condenación.*

Este debió ser el epígrafe de los Dramas Policiales. ¡Qué distinta es, sin, embargo, la moral que resulta de esta literatura de panóptico en que se confunden las complacencias del novelista con las tentativas del criminal! Se diría que el escritor fraterniza con sus personajes. El los abandona al capricho y el desenfreno de la matanza, y los mira seguir indiferente. Parece su cómplice en lugar de ser su fiscal. Y bien, esto solo basta para matar esos escritos. Prescindo de su estilo que marcha de vulgaridad en vulgaridad como un ebrio que por la noche vuelve a su habitación tropezando con las paredes; de ese vocabulario insulso barrido en los corrales y pulperías, amalgama grotesca del lirismo guarango de las crónicas de baile y la quejumbrosa imbecilidad de las necrologías que se publican en solicitada; llego hasta suponer que el autor de los Dramas Policiales escribe pasablemente - y mi asombro crece de todo punto. El mismo se encarga de revelarme su filiación literaria y el puesto que merece ocupar en el aprecio público. Después de haber hecho beber a sus lectores, a torrentes, la sangre derramada por sus héroes, como la sombra de los muertos en Homero bebían ávidamente la sangre de los sacrificios, pareció por fin inclinarse al buen terreno, cultivando por primera vez la leyenda popular, con la pintura de Santos Vega... ¡Santos Vega! He aquí el verdadero tipo poético de la pampa, el héroe cantado por Ascasubi, el nombre que revolotea eternamente en los labios populares, el Ossián gaucho cuya sombra parece flotar en el pampero, gimiendo sobre la llanura desierta, cruzada tantas veces por su corcel. Nadie sabe si ha existido, pero la leyenda lo rejuvenece eternamente. Las consejas fantásticas encuentran en él su principal alimento; los tristes lo ensalzan y los poetas lo veneran; su espíritu está en todas partes, en el rancho humilde, junto al fogón chispeante, en la yerra, en la payada, en el baile campestre, en las faenas rústicas de la cosecha, en los combates ardientes y en los descansos prolongados. El mismo es payador. Sus cantares se trasmiten de generación en generación recogidos por el niño de los labios del abuelo, y encantan las veladas solitarias, flotando sobre los vientos como una bandada de mariposas ligeras. Santos Vega es la poesía popular encarnada en un Don Juan campesino...

He ahí un tema digno de un poeta de gran talla, o, cuando menos, de un novelista popular. No convenía seguramente al autor de los Dramas Policiales. Un personaje tan grande debía abrumar a un escritor tan pequeño. No ha podido cantarlo, no ha podido ponerlo en acción, y lo ha degradado. No ha sabido hacerlo un poeta y lo ha hecho un asesino. Santos Vega, igualado a Juan Moreira, embriagándose en las pulperías, viviendo del robo y del asesinato, es la prueba más pobre que puede dar un escritor de su talento. Entretanto, esto acabará de convencer al autor de los Dramas Policiales que no todos nacen con piedad de sacerdotes. Hay almas privilegiadas que, conducidas por la verdad o alumbradas por la virtud, suben hasta el cielo en el carro de Elías, y hay seres desgraciados que ruedan como Faetonte, ¡consumidos en el fuego de su propia vanidad!

Febrero de 1881